

Poder, saber y escuela

Prof. José Botas Carvajal

Profesor de clarinete en el Conservatorio de Música y Danza de Gijón

Diplomado en Ciencias Empresariales

Graduado en maestro en Educación Primaria

RESUMEN

Las relaciones de poder que operan en todos los ámbitos sociales condicionan la organización de la sociedad a través de diferentes dispositivos e instituciones legitimando los comportamientos e individualidades consideradas adecuadas, y por lo tanto aceptadas, en un momento histórico determinado. Por otra parte, las relaciones de saber son inherentes a las relaciones de poder a las que dotan de fundamento con el fin de validar sus presupuestos, admitiendo como verdaderos una serie de conocimientos en un periodo concreto. Las instituciones educativas, debido a su carácter social, también están atravesadas y condicionadas por las relaciones de poder y saber y por los discursos y prácticas que emanan de esas relaciones. El análisis desde la óptica metodológica de Michel Foucault de conceptos como el discurso, la educación y la configuración de las subjetividades de los sujetos y su indudable ligazón con las relaciones de poder y saber, son los temas objeto de análisis de este trabajo.

Palabras clave: Poder, institución, educación, saber, discurso, sujeto

ABSTRACT

The power relations that operate in all social spheres condition the organization of society through different devices and institutions, legitimising the behaviours and individualities considered appropriate, and therefore accepted, at a given historical moment. On the other hand, knowledge relations are inherent to power relations which they provide with a foundation in order to validate their assumptions, admitting as true a series of knowledge in a specific period. Educational institutions, due to their social character, are also traversed and conditioned by power and knowledge relations and by the discourses and practices that emanate from these relations. The analysis from Michel Foucault's methodological perspective of concepts such as discourse, education, and the configuration of the

subjectivities of subjects and their unquestionable link with power and knowledge relations, are the subjects of analysis of this work.

Key words: Power, institution, education, knowledge, discourse, subject

Introducción

Es pública y notoria la importancia y el valor que las altas jerarquías han otorgado y otorgan a la formación de los sujetos, sobre todo a partir del s. XIX; y no sólo a nivel académico, sino también a las actuaciones dirigidas a la modelación, moldeamiento y orientación de las conductas y pensamientos de los individuos hacia unos fines y objetivos económicos y políticos concretos. Las relaciones, vinculaciones y nexos que se producen en la vida cotidiana entre los sujetos, ya sean de tipo personal, profesional, fraternal, laboral, educativo, institucional o de otra índole, están influenciadas, condicionadas, supeditadas y configuradas por una amalgama de acciones, normas y procedimientos, relaciones de poder, que regulan y pautan lo que en una situación y momento histórico preciso son valoradas como normales y lícitas. De la misma forma, las relaciones de poder establecen, articulan y refrendan las diversas maneras de ser sujeto mediante su objetivación, moldean la formación de las subjetividades y las canalizan y orientan hacia determinados propósitos sociales. Conviene subrayar, en consecuencia, que la sociedad en la que estamos inmersos y las articulaciones y procesos sociales que la conforman, operan y estructuran, son erigidas, engendradas, configuradas, ordenadas, reticuladas, modeladas y especificadas por esas relaciones de poder que vertebran, verifican, sistematizan, impregnan y coadyuvan las interacciones, comunicaciones e intercambios que en ella se producen, sutil, pero indefectiblemente.

Estas relaciones de poder, que intervienen en todas las esferas sociales que envuelven a los sujetos, participan e influyen en la organización de la sociedad y en sus relaciones de diversas formas, operan a través de diferentes dispositivos, mecanismos e instituciones y determinan y legitiman los comportamientos, acciones, conocimientos e individualidades consideradas adecuadas, y por lo tanto aceptadas, en un estadio histórico determinado. Estas relaciones no son estables, permanentes o inmóviles, ya que los individuos se sitúan en diferentes posiciones vitales dependiendo del rol que encarnen en cada momento y circunstancia, así, un sujeto desempeña diferentes papeles en una fase puntual de su vida, ya sea como madre, padre, hijo, hija, alumna, alumno, docente, paciente, ciudadana, ciudadano,

etc. ocasionando y suscitando acciones de poder dispares, según su estatus, en las múltiples relaciones sociales en las que participa, emergiendo de esta manera el carácter poliédrico y variable de las subjetividades de los sujetos que preconizaba M. Foucault¹. Las relaciones de poder son fundamentales para este autor, que no concibe la existencia de una sociedad que no esté articulada y sostenida por ellas, dado que posibilitan que los sujetos se provean de una serie de reglas, pautas, conductas y una ética que permiten su participación en las diferentes interacciones sociales, pero, a la vez, los miembros de la sociedad deben fraguar y estructurar formas de resistencia y de emancipación frente a los ataques de las estructuras de poder, por medio de sus instituciones, dispositivos o tecnologías, a las libertades y a los derechos individuales.

De manera interrelacionada e indisociable con el poder se entrelazan las relaciones de saber, inherentes y consustanciales a las relaciones de poder, a las que dotan de fundamento y sustento con el fin de ratificar sus presupuestos. Ningún mecanismo de poder puede desplegarse sin que los procesos, dispositivos, instituciones y sistemas que emplea sean validados y legitimados por una serie de saberes aceptados en una determinada época. M. Foucault, en su libro *Vigilar y castigar* expone que:

Hay que admitir más bien que el poder produce saber...que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber, ni de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder (Foucault, 1996: 34).

En definitiva, el concepto de saber puede ser definido como un conjunto de conocimientos que son reconocidos y admitidos como verdaderos en un periodo concreto y en relación con unas áreas definidas y el de poder, como una serie de acciones y procedimientos capaces de incitar y generar conductas, razonamientos y prácticas discursivas estimadas como aptas, según unas normas y preceptos específicos que subyacen en toda sociedad.

Además, Foucault, según S. J. Ball, consideraba el *discurso* un concepto crucial en su ámbito de análisis, y afirmaba que “*se refieren a lo que puede ser dicho y pensado, pero también a quién puede hablar, cuándo y con qué autoridad*” (Ball, 1993: 6). En otras palabras, los

¹ Es importante tener presente la prístina distinción que el autor establece entre las relaciones de poder y las de dominación. Mientras que las de dominación acaecen invariablemente de forma asimétrica y la independencia de los individuos permanece restringida o efectivamente cercenada, las de poder solo acontecen entre individuos que gozan de libertad y que pueden plantear diferentes tipos de resistencias.

discursos son un elemento transcendental en la configuración de las subjetividades en la sociedad, debido a que llevan aparejados ciertos significados y vinculaciones sociales. No obstante, es importante subrayar que no han seguido una línea continua a lo largo de la historia, sino que, por el contrario, aparecen y desaparecen según las diferentes fuerzas y saberes predominantes en cada periodo y, además, un discurso legitimado mantiene discordancias con otras posibilidades de discurso. La pregunta que nos podemos plantear, al igual que Foucault, es porqué emergen unos enunciados y no otros.

Otro concepto directamente conectado con el discurso es el *régimen de verdad*, que fue una de las grandes preocupaciones en la obra de Foucault, quien aseveraba en una entrevista que “...las personas aceptan como verdad, como evidencia, ciertos temas que se han construido en un determinado momento de la historia, y que esa presunta evidencia puede criticarse y destruirse” (Ball, 1993: 6). Es decir, la verdad se produce y se pone en circulación con la anuencia de sujetos libres mediante prácticas de poder a través de determinadas instituciones coercitivas². Las verdades acreditadas y las ocultadas o desprestigiadas han aparecido y desaparecido durante todo este tiempo al albur de las necesidades del poder y amparadas por el saber, adaptándose a las necesidades y vicisitudes del poder en cada periodo histórico y delineando una trayectoria claramente discontinua.

Discurso, poder-saber y verdad

Los discursos “*son prácticas que configuran sistemáticamente los objetos de los que hablan... Los discursos no se refieren a objetos; ni identifican objetos; los construyen y, al hacerlo, ocultan su propia invención*” (Ball, 1993: 6). Es decir, los discursos no representan la realidad, ni hablan de objetos reales, sino que los discursos mismos forman los objetos de los que hablan legitimados por un saber determinado. Así, no existen las conductas disruptivas en el aula, sino discursos concretos basados en el saber psicológico que, por ejemplo, construyen un objeto al que denominan desobediencia, así, se constituye el sujeto desobediente o no existen las enfermedades, sino discursos validados por medio del saber médico que construyen un objeto al que definen como Covid-19, cáncer o cualquier otra patología. A lo largo de la historia se han enunciado diferentes discursos dependiendo del contexto social y de las relaciones de saber y poder. Por ejemplo, en la época medieval se

² Hay que tener en cuenta que los regímenes de verdad que han imperado en los diferentes estadios históricos no han seguido una línea de continuidad o de evolución y tampoco han estado sometidos a las reglas de la causalidad.

asegura que el hombre es una creación de Dios, discurso teocrático refrendado por el saber escolástico; sin embargo, en el siglo XIX se formula la evolución de las especies, que se legitima en el saber biológico. La creación o la evolución del hombre no existen, son objetos contruidos por los propios discursos y legitimados por los diferentes saberes de la época y que el poder de cada momento usaba para configurar de una forma determinada a los sujetos de esas épocas.

La verdad, por tanto, quedaba supeditada a los regímenes de verdad de cada periodo, y es consustancial al poder de las diferentes épocas, aunque siempre existe una verdad para el poder y otras verdades que se resisten y luchan contra él, porque lo que pretende siempre el poder es configurar las subjetividades de los sujetos de una forma determinada. La importancia de los discursos radica en que contribuyen significativamente en la construcción de las subjetividades, en virtud de ser portadores de ideas y de valores que influyen en la manera de percibir y entender las cosas por parte de los sujetos, producen relaciones de poder y además, aquellos discursos que se consideran verdaderos, producen significados que son refrendados por las diferentes instituciones de poder de la sociedad, que son las que los producen, seleccionan, dominan, ocultan o excluyen. Resulta obvio que los discursos legitimados, al funcionar como herramientas y productos del poder transmitiéndolo y reforzándolo, van a producir resistencias, luchas, oposiciones, rechazos y divergencias respecto a otros discursos antagónicos, debido a que cualquier acto de poder origina siempre una resistencia y una oposición.

Otro aspecto primordial del discurso, que es necesario tener en consideración, es su capacidad para objetivar las cosas y los objetos. Es decir, la forma de relacionarnos con lo que ocurre es otorgándole sentido, de esta manera los sujetos y la realidad se interrelacionan y modifican, es decir, las cosas y los objetos son lo que el sujeto hace de ellas mediante la estructuración de su sentido. El saber, en consecuencia, es una secuencia no continua de discursos que forman objetos, por ejemplo, las disonancias en música no existen, solo hay algunos discursos musicológicos que constituyen un objeto que denominan disonancias.

Por mi formación musical, me serviré de un ejemplo vinculado a esta disciplina, para analizarlo desde una interpretación foucaultiana. Encuentro muy apropiado el ejemplo del que voy a servirme para rastrear en él esa “construcción de objeto” y su significación, así como su impronta en la subjetivación del sujeto. Sin ser este lugar para desarrollar nociones de teoría musical, me serviré, sin embargo, de un conocimiento bastante generalizado en

nuestra cultura como es la existencia de tonos y semitonos entre las notas de las distintas escalas musicales. Un intervalo de tres tonos entre dos notas se encuentra ya en la escala natural de Do M, tan familiar al oído occidental (de Fa a Si hay tres tonos) que quizás por su dificultad en el canto fue considerado como algo maldito, cobrando así un significado moral. Vemos de este modo que un “objeto”, el tritono, es subjetivado en un marco de significación valorativa, por ejemplo, durante la Edad Media fue considerado obra diabólica, “diabolus in musica”, y la dominante mentalidad teológica de la época lo utilizará como instrumento de control ideológico.

Es importante plantearse desde un punto de vista “foucaultiano”, la razón por la que en un momento específico de la historia aparecen unos enunciados y no otros, por qué se enuncian unos discursos y no otros, entendiendo por enunciado no únicamente una oración o frase en su sentido lingüístico, ni solamente un acto oral o escrito, sino que existen otras formas de enunciado como pueden ser las reglas para componer una pieza musical en un periodo histórico determinado, una tabla de clasificación de los países según su PIB, una teoría matemática o un gráfico estadístico.

Aunque actualmente las disonancias musicales están totalmente admitidas en el lenguaje musical y su uso está extendido en prácticamente todos los géneros musicales actuales: rock, heavy, música incidental, pop, etc., y que además constituyeron la base de algunos géneros que vieron la luz en el transcurso del siglo XX como el jazz o el blues e igualmente su uso en la “música culta” está generalizado desde hace tiempo, a lo largo de la historia de la música la consideración de consonancia o disonancia de los acordes e intervalos musicales, así como su modo de uso, ha sufrido diferentes consideraciones, dependiendo de las instituciones de poder y de las ratificaciones conferidas por el saber de la época, que llevan siempre aparejadas dimensiones políticas, científicas, económicas y sociales. La consideración actual no ha aparecido, por tanto, como resultado de una evolución continua, sino que se han producido discontinuidades, aprobaciones, desaprobaciones, ocultaciones y exclusiones.

Durante la Edad Media este intervalo era catalogado como siniestro y perverso por el sonido que producía y también por su dificultad para ser entonado. La sonoridad generada por este acorde, que produce una sensación de tensión, perturbación, inestabilidad y dinamismo, se alejaba de los ideales de perfección y divinidad que impregnaban la vida medieval, regida por un sistema teocrático en la que todo emanaba y confluía en Dios que, según el poder de

ese periodo, era el que regía y servía de explicación lógica para todo lo que acontecía en la vida³. La música, junto a la astronomía, aritmética y geometría formaba parte del *quadrivium* y la gramática, retórica y dialéctica serían las tres que formaban parte del *trivium*. Estas artes constituían las “siete artes liberales” que se fundamentaban en las destrezas del pensamiento, eran impartidas en las universidades durante ese periodo y con ellas pretendían imitar y demostrar la perfección celestial y de las esferas. La disonancia del tritono suponía una fractura con la idea de armonía, una anomalía en la imitación de la obra perfecta de Dios, un sonido que invocaba al demonio y que alteraba e inquietaba a los oyentes y que, inexorablemente, los conducía hacia pensamientos impuros de la mano del diablo. El sonido inestable, tenso, dinámico, desestabilizado e inquietante fue objetivado como una disonancia prohibida, se construyó el objeto de la disonancia del diablo, fundamentado en unas instituciones de poder dominadas en ese momento por el poder eclesiástico y legitimadas por un saber que refrendaba el discurso, ideas y valores que producía ese poder y validaba las subjetividades que hacía aflorar, diferenciando lo permitido de lo prohibido de acuerdo a los entornos sociales, intereses y necesidades de la época. Esto se debe a que el saber se construye conforme a los acontecimientos y narrativas de un periodo específico y tiene como fin normalizar una clase de conocimientos que se pretenden instaurar.

A partir de las instituciones y de los intelectuales medievales que las representaban, emanaba un significado del discurso que era tomado como verdadero, un claro ejemplo es el monje y músico Guido D'Arezzo, que fue el responsable de la prohibición de la música que utilizaba ese acorde, pero existían otros discursos, es decir, otro tipo de música que no se ajustaba a los cánones establecidos por el poder, suponían una resistencia, una oposición al poder, pero no estaban legitimados por el saber, eran ocultados y excluidos⁴. La triada poder-saber-subjetividad se muestra claramente en este ejemplo, ya que el poder emplea procedimientos para originar conductas y discursos amoldados a mecanismos, herramientas y objetivos autorizados por sistemas de saber que, a su vez, están conformados por un conjunto de normas y coerciones, en este caso el discurso musical en el medievo. Esta conjunción producía vivencias y experiencias que constituían a los sujetos de una determinada forma, esto es, configuraban sus subjetividades en función de distintas prácticas en diferentes

³ Cualquier análisis intelectual se realizaba desde un punto de vista divino y el orden de todas las cosas estaba fundamentado en Dios, que representaba la armonía del Universo.

⁴ Estos discursos eran producidos por los músicos ajenos al clero y sus prácticas se materializaban a través de la música pagana, que tenía prohibida su exhibición en las instituciones de poder circunscribiéndose su ámbito a las capas más desfavorecidas de la época.

ámbitos, la música en este caso, en un proceso denominado por Foucault como subjetivación. Este tipo concreto de música era utilizado por el poder de ese tiempo con el objetivo de construir un modelo de sujeto determinado, temeroso de Dios, obediente y dócil, aduciendo que el diablo podía penetrar hasta en la música para incitar pensamientos o acciones impuras e incorrectas, de esta manera, el poder exponía su verdad, normalizaba las conductas y corregía los actos desviados a través de sus instituciones.

El carácter discontinuo de los discursos se observa de forma nítida mediante este ejemplo de la disonancia musical producida por el acorde de tritono, que, proscrito y prohibido durante la Edad Media, fue utilizado en periodos posteriores, aunque no de forma regular o continua. La Ilustración condujo a nuevos conocimientos que transformaron las ideas y valores que el oscurantismo medieval había impuesto, trastocándose así el poder y el orden teológico imperante⁵.

En ese recorrido de discontinuidades históricas, de nuevo nos encontraremos, a mediados del siglo XX, con una nueva resignificación del acorde de tritono. En Alemania, el régimen nazi se servirá de este recurso musical para tildar de pervertida la música que lo empleaba, utilizándolo como justificación de su política de *limpieza* ideológica. Corrientes de música como el jazz, blues, dodecafonismo, serial, atonal, aleatoria o concreta estaba catalogada como degenerada o decadente y algunos compositores como Kurt Weill o Paul Hindemith se vieron obligados a exiliarse. La música basada en esta clase de armonía no concordaba con las prácticas sociales impuestas por el poder de ese régimen ni con un saber legitimador que lo que buscaba era la conformación de las subjetividades de los sujetos desde todos los ámbitos posibles, incluida la música y las artes en general, con el objetivo de configurar un mundo a partir de los márgenes que consideraban normales, vigilando y castigando cualquier anomalía provocada por los discursos que opusieran resistencias o emancipaciones. Estas continuidades y discontinuidades en la interpretación del tritono nos facilitan otro ejemplo que desdice la frecuente visión de la historia como una sucesión lineal de hechos, tal como el propio Foucault apuntaba al hablar de la arqueología y la genealogía⁶. Lo que se dice del tritono, no es tanto una cuestión de epistemología musical, como de resignificación

⁵ En este nuevo clima de apertura ideológica, los compositores de los siglos XVIII y XIX, bajo esta nueva mentalidad, comienzan tíbiamente a introducir el tritono en sus composiciones.

⁶ El autor entiende la genealogía como un medio para analizar un problema a partir de una situación presente y utiliza su concepto de arqueología para escrutar las configuraciones y transformaciones de los saberes en diferentes coyunturas históricas y el modo en que esos periodos históricos generan y propagan esos saberes.

sociohistórica en términos de poder. En la trilogía de interrelaciones entre saber, poder y discurso se construye una política general de verdad de acuerdo con los intereses de quién la detenta⁷.

Prácticas discursivas, saber y poder en la escuela

Al igual que ocurre en otros ámbitos de nuestra sociedad, el sistema educativo produce discursos específicos, pero, además, las instituciones educativas distribuyen y ponen en circulación sólo los que considera verdaderos ocultando o excluyendo aquellos que no se adecuan a las necesidades del poder, por lo que las cuestiones que surgen inmediatamente son: ¿quién decide cuál es el discurso “oficial” de la escuela?, ¿es posible oponerse a él? Está claro que las instituciones educativas regulan y controlan los discursos a los que pueden acceder los alumnos, y en última instancia, el docente es quien encarna el eslabón final de todo el proceso educativo y quién finalmente decide, distribuye y selecciona los enunciados en el aula, aun así, su poder es muy limitado dentro de todo el engranaje escolar. En este sentido Foucault considera que *“todo sistema educativo constituye un medio político de mantener o modificar la adecuación de los discursos al saber y al poder que llevan consigo”* (González-Faraco, 2012: 526). Por lo que, mediante las prácticas discursivas, la escuela produce y transmite la cultura dominante, donde se encuentran insertadas las costumbres y tradiciones de una sociedad, además de determinadas ideas y valores que influyen inexorablemente en la formación de la subjetividad de los alumnos y las alumnas y que, por lo tanto, tienen un gran efecto respecto al modo con el que afrontan y comprenden las diversas temáticas abordadas en el aula.

Asimismo, es importante tener en consideración que el discurso educativo toma al alumnado como su propio objeto, promueve una definición del conocimiento con tintes moralizantes y contempla al alumno como un sujeto del “no-saber”. Las instituciones educativas ejercen una labor de control del alumnado en relación con la adquisición y asimilación adecuada de las ideas y valores contenidos en sus discursos autorizados, que aparecen evidenciados en los libros de texto o mediante la relación con los agentes educativos. Este control se realiza gracias a la expedición de certificados y titulaciones que acreditan su correcta adquisición,

⁷ De hecho, muchos de los estilos musicales contemporáneos (blues, jazz...) considerados rompedores por su vinculación a los espirituales afroamericanos y cercanos al mundo obrero, abundan en el empleo de tritonos y su aceptación se limita a contextos sociales restringidos, quizás su apreciación no esté exenta de vinculaciones ideológicas.

en un proceso ritualizado que garantiza la reproducción y repetición de los conceptos dominantes y validados, siendo los alumnos y las alumnas el medio utilizado por el poder para transmitir su discurso, que está garantizado por un saber, la razón científica, que normaliza una clase de conocimiento con el objetivo de mantener y hacer funcionar la sociedad de una forma determinada en un momento dado.

Los discursos no sólo construyen subjetividades y los objetos que describen, sino que son deudores de la sujeción del emisor. El sujeto autorizado para emitir el discurso está *situado*, tanto social como institucionalmente. En nuestras sociedades, donde variables como clase social, color de piel, etnia, sexo, sexualidad, territorialidad..., determinan en gran medida la sujeción de los individuos, ésta se ve aún más determinada por su institucionalización. Ambas sujeciones confieren carácter, legitimación y reconocimiento al sujeto del discurso. También están supeditados al sentido de las palabras y conceptos, considerando que estos se encuentran subordinados al discurso en el que se hayan insertado. Así pues, las palabras ordenan las cosas y estructuran la realidad y en esas posibles combinaciones y disposiciones de las palabras quedan excluidas otras composiciones viables de enunciados, por lo que la realidad es aprehendida de diferentes formas según los diversos discursos. En la escuela, los discursos son seleccionados por las estructuras de poder por medio de diferentes herramientas, como el currículum, que se sustancia en diversas asignaturas que abarcan diferentes disciplinas mientras que es el saber el que regulariza y restringe lo que es decible, quiénes pueden hablar y diferencia lo verdadero de lo falso. Por ejemplo, un mismo hecho histórico se singulariza y difunde según la especificidad de cada momento en la historia, porque las epistemes vigentes configuran el saber de cada época y normalizan un determinado modelo de conocimiento, con el objeto de conformar las subjetividades deseadas y de configurar un cuerpo, un sujeto determinado en ese momento sociohistórico difundiendo lo política y socialmente aceptado e impuesto por el poder en este momento específico de la historia.

Todavía cabe señalar que los discursos que son aceptados como verdaderos están respaldados por el régimen de verdad de cada sociedad y cultura. Foucault apunta al respecto que:

Cada sociedad tiene su régimen de verdad, su política general de verdad: es decir, los tipos de discursos que ella acoge y hace funcionar como verdaderos o falsos, la manera de sancionar unos y otros; las técnicas y los procedimientos que son valorizados para la obtención de la verdad; el estatuto

de aquellos encargados de decir qué es lo que funciona como verdadero (...) La verdad está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan (Foucault, 1991: 187).

Hay que señalar en este sentido que las relaciones de poder, caracterizadas por ser transversales y reticulares, no pueden establecer ni constituir el cuerpo social si no es a través de una puesta en circulación, una distribución y un funcionamiento del discurso que avale el régimen de verdad que pretende instaurar. Sólo por medio de la producción de enunciados sancionados como verdaderos y de la implementación de prácticas discursivas y extra discursivas es posible ejercitar el poder, teniendo presente que desde un punto de vista foucaultiano las verdades universales no existen. Desde su perspectiva, la *verdad* supone un conjunto de reglas que distinguen la verdad de la falsedad en un momento histórico concreto, están apoyadas por una serie de instituciones coercitivas que pueden ser institucionales, políticas o económicas y que además configuran a los sujetos.

Actualmente, la verdad en nuestra sociedad está edificada sobre la razón científica que la ampara y legitima a través de los discursos que producen sus instituciones, aunque siempre está influida por el poder económico y político. Las instituciones de poder se sirven hoy en día de los medios de comunicación de masas para difundir e imponer sus discursos *verdaderos*, para ello, hoy en día existen múltiples canales de comunicación y difusión, que exponen las verdades del poder, que es, en sí mismo, un sistema de verdad, es decir una verdad estatutaria o instituida.

Todos los sujetos buscamos y queremos sujetarnos a verdades, pero creo que actualmente, y más que nunca, la verdad es *líquida*, y ya no supone un espacio firme sobre el que nos podamos sostener con seguridad. Los poderes globalizados han conseguido diluir el concepto de verdad y cualquier discurso tiene el potencial de convertirse en verdadero, sólo se requieren unos canales de comunicación y difusión potentes que posean la capacidad de alcanzar al mayor número de individuos posible. Parece que ya no son necesarios argumentos sólidos o sesudas fundamentaciones que justifiquen los discursos porque ahora, el poder tiene la capacidad de diseñar verdades a la medida de cada individuo, casi a la carta, aprovechando las debilidades de sus sujeciones. De esta forma, forjan realidades paralelas y socavan los actuales sistemas de relaciones y también las conductas, enaltecen la individualidad y la diferencia en aras de un nuevo modelo de sociedad, tratando de constituir nuevos tipos de subjetividades. Ya no importa lanzar mentiras o medias verdades porque

una vez descubiertas, ya están circulando otras que sustituyen a las anteriores, ni siquiera hay pudor a la hora de utilizar ciertas palabras, conceptos o ideas con su significado original tergiversado, sobre todo palabras que resuenan en la mente de todos los individuos y que poseen una fuerte carga ideológica y una evidente connotación positiva, como, por ejemplo, el concepto de “libertad”⁸.

La verdad, cualquiera que sea, centra los debates económicos, políticos y sociales, la han convertido en otro bien de consumo. Cada sujeto disfruta de su verdad, que está alojada y se distribuye desde un determinado medio de difusión perteneciente a algún grupo de poder, y está avalada por intelectuales o comentaristas de ese mismo medio, por lo que el producto que lanzan ya está terminado, todo está pensado, argumentado y fundamentado, lo único necesario es consumir esa verdad, sin preguntas, fisuras o críticas, es como una nueva religión fundamentalista, o eres creyente o un potencial enemigo. La verdad se ha escapado de la objetividad, los sujetos creen en lo que más les conviene, todo es objeto de interpretaciones, que aparentemente tienen el mismo valor, se apela a las emociones y no a los hechos fehacientes que parecen no interesar a nadie y que, además, están mezclados con valoraciones e interpretaciones.

Muy lejos, y no solo en lo que se refiere al tiempo cronológico, queda la definición de verdad de Aristóteles: “Decir de lo que es que no es, o de lo que no es que es, es falso, mientras que decir de lo que es que es, o de lo que no es que no es, es verdadero”, es decir, la adecuación del discurso a los hechos. Esta nueva forma de producir discursos de verdad afecta de la misma manera a la educación, debido a que determinados grupos de poder desean introducir su discurso de verdad en dichas instituciones, aunque vaya en contra del más mínimo sentido común, pero apelan a la palabra “libertad” para defenderse o como salvavidas para sujetarse. Pero ¿quiénes determinan cuál es el discurso de verdad en el ámbito educativo?, ¿debemos aceptar todos los discursos como verdaderos?, ¿es posible la resistencia?

Una de las funciones prioritarias de la educación es formar individuos críticos, que sean capaces de pensar por ellos mismos en base a una formación sólida, pero muchas veces, el mundo exterior y el de la escuela son contradictorios, por lo que la labor del docente cobra más importancia, si cabe, en cuanto a la adquisición por parte de los alumnos de sujeciones estables y fundamentadas. Juan Carlos González-Faraco sostiene en este sentido que “*hoy*

⁸ A esta clase de palabras se las despoja de sus connotaciones históricas y de su significado tradicional y se las objetiva de una manera totalmente grotesca, simplemente con la finalidad de servir a unos intereses espurios.

observamos, por ejemplo, que es el mercado el que dicta las reglas de la verdad y que el progreso es tan solo una de sus prácticas discursivas” (González-Faraco, 2012: 535). Esta frase es perfectamente aplicable a las instituciones educativas actuales, ya que muchos de los responsables educativos del país, tanto de las Comunidades Autónomas como del Estado, afirman sin ambages que las leyes educativas, así como muchos de sus programas asociados, se orientan hacia la empleabilidad de los alumnos una vez que finalizan sus estudios.

Las referencias sobre la importancia de la educación artística son escasas, aunque fomenta la creatividad y la cooperación, pero en cambio, sí se pone en un pedestal al emprendimiento, signifique lo que signifique ese concepto. Se reduce la complejidad personal, social y política de la construcción del sujeto a su mera faceta de productor de un consumidor. En este momento los discursos *verdaderos* son dictados por el mercado a partir de sus demandas y los sistemas educativos en muchas ocasiones, recogen esas demandas y regulan sus actuaciones para satisfacerlas, sin tener en consideración las necesidades o las aptitudes del alumnado. Cuando preguntamos a los alumnos y alumnas a qué se quieren dedicar en el futuro, nos encontramos con respuestas variadas: médico, policía, informático, futbolista...pero cuántas veces hemos escuchado músico, actor, pintor o escultor. Está claro que el mercado no necesita a ese tipo de individuos y este mensaje ha calado profundamente en la sociedad, que no percibe este tipo de ocupaciones como prioritarias, instando y “empujando” a los jóvenes hacia estudios de perfil más técnico o tecnológico⁹.

Maestro moderno y gestión educativa

Es necesario examinar las fuerzas ideológicas y materiales que han contribuido a lo que podíamos llamar la proletarización del trabajo del profesor, es decir, la tendencia a reducir a los profesores a la categoría de técnicos especializados dentro de la burocracia escolar, con la consiguiente función de gestionar y cumplimentar programas curriculares en lugar de desarrollar o asimilar críticamente los currículos para ajustarse a preocupaciones pedagógicas específicas (Giroux, 2002: 172).

No ha sucedido de repente, sino que la deriva se ha ido produciendo lentamente, ante la impasividad de casi todo el personal educativo al que las estructuras de poder han conseguido amansar, someter e individualizar, evitando actuaciones colectivas, que cuando

⁹ Sin embargo, en demasiadas ocasiones, somos testigos del uso económico que las élites hacen del arte, bien sea acumulando cuadros de un gran valor monetario o como un método para eludir impuestos, por lo que algunos pintores o escritores actuales, objetivados por los discursos del poder como grandes artistas y legitimados por los saberes artísticos, sí son demandados por el sistema establecido.

se producen, son minoritarias. Del mismo modo, se está proletarizando el trabajo docente, es decir, se hace rutinario, crítico, mecanizado, todo se reduce a una cuestión gerencial consistente en utilizar los mínimos recursos posibles, ya sea en personal o material, para obtener el máximo rendimiento posible, en forma de graduados o de alumnos que superen los cursos académicos. Estamos sumidos en la burocracia escolar, tal como expone Giroux, de modo que hay que dejar constancia y registrar al detalle todas las actuaciones e incidencias que se produzcan en el aula: ausencias, retrasos, bajas, desempeño en el aula, actitudes, etc. El docente debe dejar registrado en el libro de aula los acontecimientos diarios; cumplimentar informes trimestrales sobre el cumplimiento de la programación, pero no una reflexión crítica acerca del curriculum, solamente el grado de cumplimiento del mismo; confeccionar porcentajes acerca del alumnado aprobado y suspenso con la correspondiente valoración de los resultados; redactar informes acerca de los temas tratados en las tutorías con las familias o la asistencia a reuniones trimestrales de preevaluación, donde hay que exponer y documentar el nivel de rendimiento académico de cada estudiante o su actitud.¹⁰

Giroux nos advierte del deterioro de las condiciones de trabajo de los docentes y el empeoramiento de su imagen social. Desde la crisis de 2008 provocada por el actual sistema económico que domina el mundo, la imagen de los docentes se vio seriamente deteriorada, sobre todo gracias a los mensajes que desde algunas instituciones públicas se lanzaban a la sociedad. En un contexto de gran incertidumbre entre la población, con individuos que perdían su trabajo diariamente y para justificar los salvajes recortes que se llevaron a cabo en la educación, y que en gran medida afectaban a los hijos de las clases más desfavorecidas, las políticas conservadoras degradaron la imagen de los profesores, enunciando un discurso amparado por el saber económico y político, que objetivaba a los profesores como un colectivo poco solidario porque no aceptaba los recortes, a pesar de que otros sujetos lo estaban pasando peor, o lanzando la idea de lo poco que se trabaja en las escuelas.¹¹

Pero parece que lo único que importa en la actualidad es que los docentes cumplan con el programa curricular y que todo quede bien registrado. Lo más importante para la burocracia asociada al sistema educativo es que todo el profesorado desarrolle sus clases de una forma

¹⁰ En el caso de realizar alguna actividad extraescolar el tsunami burocrático es descomunal: elaboración de hojas informativas, peticiones de permisos a la dirección, redacción y envío de los consentimientos a las familias para su firma, justificación de la actividad, etc.

¹¹ Estos mensajes han calado profundamente en la sociedad, puesto que son promovidos por el poder y legitimados por el saber político y sobre todo el económico, que es el que más influye en las personas.

homogénea y uniforme, termine la clase puntualmente para llegar a la siguiente clase o difunda diligentemente el conocimiento prescrito en el curriculum porque lo fundamental, es que nadie se salga de la pauta marcada, de lo contrario, puede ser amonestado. Por otro lado, en los últimos tiempos el trabajo de los profesores y profesoras es controlado, aparentemente, bajo las premisas de la gestión, o sea, imitando el modelo empresarial y de mercado, donde hay que obtener el máximo rendimiento al menor coste posible cuidando la calidad del servicio, sobre todo en términos formales, y teniendo como meta la satisfacción de los consumidores. Todas las declaraciones de los sujetos con responsabilidades políticas no dejan lugar a ninguna duda, siempre afirman que el objetivo de la educación es que la formación y la empleabilidad vayan de la mano, es decir, la formación de personas críticas y reflexivas es un objetivo relegado a un segundo o tercer plano, lo fundamental es la preparación adecuada de trabajadores que sean capaces de integrarse dócilmente en el sistema y de igual modo, la alineación de la educación con el tejido empresarial.

En consecuencia, la toma de decisiones de los maestros y maestras sobre cuestiones relativas al curriculum o al funcionamiento de los centros son poco tenidas en cuenta, quedando reducida su labor a la difusión de unos conocimientos que han sido seleccionados por otros sujetos. Tampoco disponen en muchas ocasiones de mucha capacidad de decisión los equipos directivos, a los que se les exige como cuestiones fundamentales, el control del alumnado y profesorado y la eficacia en la organización de la institución educativa en base a unos recursos asignados limitados. Estas disminuciones de los recursos son enmascarados por el poder mediante un lenguaje torticero y tergiversado, ya no se habla sobre recortes o disminuciones, sino que el poder utiliza palabras como eficiencia y eficacia, así, el discurso oficial que se enuncia habla acerca de la gestión eficiente de los recursos, en otras palabras, no se recorta, sino que simplemente se está *racionalizando el gasto*. Esto se traduce en bajas que no siempre se cubren a tiempo, falta de material, o infraestructuras avejentadas¹².

Está claro, por tanto, que el discurso de la gestión construye unos determinados objetos en el ámbito educativo: los docentes disciplinados y la organización eficiente. La meta de este tipo de gestión educativa es el control, que es implementado mediante la burocratización de los procesos educativos y el disciplinamiento de los sujetos por medio de un conjunto de normas que homogenizan y uniformizan los procesos de enseñanza-aprendizaje. La

¹² Bajo el pretexto de optimizar el funcionamiento de los centros en ocasiones se agazapa la reducción del *gasto*. El progresivo deslizamiento semántico que traduce dirigir por gestionar, reduce la compleja tarea de responder a las necesidades funcionales de un centro a su mera consideración economicista.

organización en base a la gestión constituye la otra piedra angular de este sistema fundamentado en el modelo empresarial, donde la eficiencia, el rendimiento, los costes y las comunicaciones verticales conforman el sistema. Pero, no nos podemos extrañar, porque en la actualidad, siempre que se habla de educación aparece el mantra sobre el coste de su mantenimiento y entonces algunas autoridades construyen un discurso sobre lo costoso que resulta el sostenimiento de un sistema público, objetivándolo de esta forma como caro e ineficiente, argumentando para ello que no es competitivo ni valora el esfuerzo y que, según esas fuerzas políticas, está por encima de nuestras posibilidades. Curiosamente, llama la atención que siendo la enseñanza pública una de las pocas opciones de movilidad social para la clase trabajadora, esta abraza los discursos neoliberales, y así lo expresa Giroux afirmando que *“determinados grupos que descaradamente favorecen a los ricos, a las clases superiores y la lógica del individualismo desenfrenado, puedan movilizar tan eficazmente las necesidades y deseos de grupos subordinados y oprimidos como las clases trabajadoras, las minorías y otros”* (Giroux, 2002: 230).

Hay que destacar, por lo tanto, las repercusiones derivadas de la implantación de un modelo de curriculum concreto en una sociedad, puesto que va a motivar la proyección de una imagen determinada de esa sociedad y, por otro lado, va a definir el patrón social y el modelo de ciudadano que aspira a conformar. De modo que está clara la función del curriculum como enlace entre la sociedad y la escuela. Las estructuras de poder dictaminan, en consecuencia, qué saberes son los dominantes y que, por tanto, deben ser transmitidos en la escuela y cuáles son los dominados, que son silenciados y excluidos del sistema educativo. A este respecto, la sociología de la educación ha demostrado que las materias del curriculum reproducen un modo determinado de articular los conocimientos por parte del poder. Al regular y ordenar el Estado los conocimientos que deben ser divulgados mediante el curriculum, se hace palmaria su estrecha relación con las políticas educativas vigentes en un momento dado, convirtiendo al sistema educativo en una esfera de intervención política y al curriculum, en la seña de identidad de las ideas, valores e intenciones ideológicas, políticas e incluso económicas de las estructuras de poder dominantes en ese momento.

Es patente la importancia que el poder confiere al sistema educativo por su capacidad reproductora y perpetuadora de los esquemas y valores sociales vigentes y por su papel crucial en la configuración de las subjetividades de los sujetos, y la prueba más evidente, es la cantidad de leyes educativas que hemos soportado a lo largo de los últimos años. En este sentido Ivor Goodson e Ian Dowbiggin apuntan que *“quienes ocupan posiciones de poder*

son responsables de los supuestos que subyacen a la selección y organización del saber en la sociedad” (Ball, 1993: 107). A este respecto, hemos sido testigos de la introducción de una nueva competencia clave con la LOMCE, que, por cierto, todavía sigue en el currículo, es la de “sentido de la iniciativa y espíritu emprendedor”.

La traslación de las leyes del mercado al terreno escolar provoca graves mutaciones en su función, al tiempo que se refuerzan las desigualdades. Las sociedades mercantilizadas, una vez que alcanzan un determinado nivel de desarrollo tecnológico, expulsan a los trabajadores del mercado laboral y los abandonan a su suerte, responsabilizándolos de sus males. En la actualidad asistimos a un nuevo ordenamiento social, característico de la sociedad neoliberal, donde los sujetos son estimulados de forma permanente a responsabilizarse de sí mismos, a tomar las riendas de su propio destino o a regular su comportamiento libremente, con el objetivo de maximizar su concepto de felicidad o de realización personal. Las críticas progresistas vertidas contra el poder normalizador y disciplinario de los gobiernos y sus instituciones han sido tergiversadas y usadas como justificante por los políticos neoliberales para legitimar sus ataques al Estado de Bienestar y a la escuela pública, intentando cambiar el principio de igualdad por el de libertad de elección. Esta perversión tiene su correlato en la escuela, donde la nueva jerga escolar hace del alumno un “emprendedor” y ya desde temprana edad se le prepara ya no para la inexistente fábrica, como nos hizo ver Foucault, sino para que sea empresario de sí mismo.¹³

Conclusión

El poder siempre ha atribuido una gran importancia a la educación de los sujetos, sobre todo a partir del s. XIX; y no sólo a nivel académico, sino también en relación con sus comportamientos y razonamientos. Las relaciones derivadas de la vida cotidiana entre los sujetos están influenciadas por unas relaciones de poder que reglamentan y establecen lo que en una coyuntura histórica determinada son consideradas como normales. Asimismo, las relaciones de poder establecen las diferentes formas de ser sujeto mediante su objetivación,

¹³ Se le hace responsable de su futuro, cada cual, dirá Enrique Díez, es “un colaborador libre y proactivo en su propia explotación” (Díez, 2018: 45). En este mercantilismo, las emociones juegan un papel preponderante, “la biopolítica foucaultiana, el control panóptico exterior, es continuada por la “psicopolítica” neoliberal, en la que el control pasa al interior y se gestiona desde la emoción” (Díez, 2018: 45) y asistimos así al coaching educativo orientando al alumno a cambiar sus percepciones, para lo cual se recurre a “innovadoras” metodologías docentes.

moldean la formación de las subjetividades y orientan hacia determinadas finalidades sociales.

Las relaciones de poder actúan por medio de diferentes dispositivos e instituciones legitimando determinados comportamientos y conocimientos. Estas relaciones no son estables, sino que varían en función del rol que en cada momento encarnen los sujetos, manifestándose de este modo la naturaleza voluble de las subjetividades de los sujetos que propugnaba Foucault. Las relaciones de poder son esenciales para este autor, que no concibe la existencia de una sociedad que no esté estructurada por ellas.

Las relaciones de saber son consustanciales al poder al que fundamentan con el fin de ratificar sus supuestos. No hay ningún mecanismo de poder que pueda desplegarse sin ser validado y legitimado por una serie de saberes aceptados en una determinada época.

Asimismo, los conceptos de discurso y verdad son trascendentales en la obra de Foucault. Considera los discursos como un elemento crucial en la conformación de las subjetividades de la sociedad debido a que llevan aparejados ciertos significados y vinculaciones sociales. Para el autor, los discursos no siguen una línea continua desde un punto de vista histórico, sino que surgen y se desvanecen según los saberes dominantes en cada época, manteniendo discrepancias con otras posibilidades de discurso. Por otro lado, según Foucault, la verdad está supeditada a los regímenes de verdad imperantes en cada estadio histórico y es consustancial al poder de las diferentes épocas, existiendo siempre una verdad para el poder y otras verdades que se resisten y pugnan contra él.

La escuela siempre ha sido un objeto de deseo de las estructuras de poder, puesto que se trata de una institución que impone e inculca coercitivamente de una forma sistemática y continuada a todos los sujetos que forman parte de una sociedad y durante todo su recorrido académico un tipo de cultura, discursos, creencias, valores o conocimientos que están legitimados como verdaderos en un periodo histórico determinado. Actualmente, somos testigos de las luchas entre políticos representantes de diferentes ideologías por el control del sistema educativo, pero no para modificar o mejorar su funcionamiento, sino habitualmente con la intención de introducir o retirar ciertos contenidos o competencias y así adecuarlo y ordenarlo de acuerdo a sus propios principios y valores, con el objetivo de producir el sujeto que consideran natural o auténtico es decir, un sujeto normalizado en terminología foucaultiana, según los parámetros de su ideología concreta.

En la actualidad, la escuela pública también es objeto de disputa debido a la pretensión de ciertos sectores ideológicos de privatizarla, debido a que la rentabilidad económica que llegaría a reportar a determinadas empresas es muy elevada, de hecho, hemos presenciado la privatización de muchos de sus servicios: comedor, personal de limpieza, subalternos. Sin embargo, es curioso que siempre se eluda la palabra privatizar, habitualmente usan otro vocabulario más “suave” que no alarme a la sociedad como externalizar o liberalizar. También estamos habituados a escuchar discursos que aluden al alto coste de la escuela y al poco rendimiento que se obtiene respecto a la alta inversión realizada, referencias a la libertad de elección de centro de las familias o sobre la ineficaz gestión educativa, sembrando dudas sobre el sistema público. Estos discursos se realizan con el propósito de socavar y retraer recursos de la enseñanza pública.

Pero la cuestión fundamental que debemos tener siempre presente es la función prioritaria de la educación, que no es otra que la de formar individuos críticos, capaces de pensar por ellos mismos en base a una formación sólida. Aunque muchas veces el mundo exterior y el de la escuela son contradictorios, por lo que la labor docente cobra más importancia, si cabe, en cuanto a la adquisición por parte de los alumnos de sujeciones estables y fundamentadas potenciando sus habilidades sociales, la convivencia positiva, la colaboración, la empatía hacia los colectivos desfavorecidos, el respeto, el trabajo en equipo, el compromiso social y la adquisición de conocimientos, habilidades, actitudes y valores que permitan y ayuden al alumnado a convertirse en personas formadas ética, democrática, cívica y responsablemente.

Bibliografía

- Ball, Stephen. (1993). *Foucault y la educación. Disciplinas y saber*. Madrid. Morata.
- Beltrán, Salvador. (2010). *Política, poder y control del curriculum*. Madrid. Morata.
- Charlot, Bernard. (1981). *Educación, cultura e ideología*. Madrid. Anaya.
- Díez Gutiérrez, Enrique Javier. (2018). *Neoliberalismo educativo*. Barcelona. Octaedro.
- Foucault, Michel. (1991). *Microfísica del poder*. Madrid. La Piqueta.
- Foucault, Michel. (1996). *Vigilar y castigar*. Madrid. Siglo XXI.

Galván, Valentín. (2011). La influencia de Michel Foucault en el ámbito educativo español. *Cuaderno de Materiales*, 23, 357-364.

<https://www.filosofia.net/materiales/pdf23/CDM23.pdf>

Gimeno Sacristán, José. (2010). *Saberes e incertidumbres sobre el curriculum*. Madrid. Morata.

Giroux, Henry. (2002). *Los profesores como intelectuales*. Barcelona. Paidós.

González-Faraco, Juan Carlos. (2012). La libertad posible: ideas para una educación para la ciudadanía activa a través de Michel Foucault. *Revista de Educación*, 358, 523-541.

<https://www.educacionyfp.gob.es/dam/jcr:77259955-0762-4cfc-a8bd-689452a57e76/re35824.pdf>

Lerena, Carlos. (1991). *Escuela, ideología y clases sociales en España*. Barcelona. Ariel.